

Miguel J. Hernández Madrid
El Colegio de Michoacán
miguelh@colmich.edu.mx ◆

Imagínate un chiquirrín
correteando por el borde de este
puente y verás a tu padre.
¡Cómo nos gustaba jugar en el
río, bañándonos mientras las
mamás lavaban la ropa!
Qué niñez tan feliz,
tan despreocupada.

A sus 86 años de edad, don Miguel¹
platica muchas anécdotas de su
infancia, cuando vivió en Ameca,
Jalisco, alrededor de 1933. Las
fotografías de *Historia gráfica de
Ameca*, editada y narrada por Enri-
que Martínez Curiel, tiene un efecto
mágico y ensoñador para alguien

que experimentó esos lugares representados gráficamente en la cuidadosa
edición con pie de imprenta del Centro Universitario de Los Valles, de la
Universidad de Guadalajara.

Esta reseña no pretende hacer ninguna mayor aportación académica de
lo ya expresado en la introducción del libro por Patricia Arias respecto del

Reseñas de los libros de
Enrique Martínez Curiel,
Luces de una memoria compartida.
Historia gráfica de Ameca (1895–1968),
Ameca, Universidad de Guadalajara,
Centro Universitario de Los Valles,
2009, 118 pp.
y de
Agustín Curiel López
(compilación y prólogo de
Enrique Martínez Curiel),
*El Chavarín. Historia de un
ser imaginario*, Ameca,
Universidad de Guadalajara,
Centro Universitario de Los Valles-
Editorial Universitaria, 2011, 88 pp.

¹ El 8 de mayo de 2012, don Miguel Hernández García nos permitió hacerle una entrevista en su casa de la ciudad de Aguascalientes para intercambiar impresiones sobre los dos libros reseñados. Las citas reproducidas en esta reseña son partes de ella.

valor microhistoriográfico de la obra y sus aportes para la historia regional. Pero al escuchar a mi padre recordar pasajes de su vida mientras recorre cada una de las alrededor de 85 fotografías que componen el libro, descubro otra veta de este excelente trabajo microhistórico: su poderosa aura para convocar la memoria en sus detalles biográficos. Por eso mismo merece la pena explorar el valor artístico de una investigación en el efecto que provoca en sus lectores, pues en este caso podemos apreciar lo que don Luis González y González sostuvo sobre el oficio de historiar como arte.²

Roland Barthes escribió que la fotografía es esa obstinación del referente en *estar siempre ahí*, porque ante todo demuestra lo que ha sido en un tiempo que no le es propio.³ Cuando don Miguel mira las fotografías de los espacios públicos que conformaron la Ameca vieja, vuelve *ahí*, donde construyó una experiencia de vida:

Todos los días pasaba frente a La Marina, porque mi mamá trabajaba en la casa del señor Daniel Velasco; tenía un aserradero y distribuía tequila. A mis seis años me acomodé en el aserradero, donde hacían los barriles para envasar el tequila. Yo enderezaba los cinchos de metal con los que se rodean las tabletas de los barriles. Ahí estaba con tremendo martillo, dándole y dándole a los cinchos hasta que quedaran bien derechos.

Las fotografías de la plaza principal, en particular la panorámica de la página 65, la asocia con los paseos vespertinos de los domingos, cuando se formaban dos grupos que transitaban la plaza en sentidos opuestos: “en uno iban las jóvenes casaderas, en el otro los posibles pretendientes. Cuando coincidían intercambiaban miradas, flores, cartas, dulces. Pero de eso ni pendiente pa’ los chiquillos que corríamos de un lugar a otro, metiéndonos entre las filas”.

Las selectas fotos del libro no dejan duda de la importancia de las torres para señalar la presencia de los poderes eclesiástico y civil en el paisaje de Ameca; don Miguel lo captó muy bien desde niño y lo reconoce a su avanzada edad. Las atalayas, por ejemplo, las asocia con el prestigio religioso y el gusto de “la gente rica para adornar sus casas”: “¡Qué bonita la torre de este edificio!”, dice, admirando la fotografía del palacio municipal; “también en la casa de don Daniel había una parecida”.

Pero si algo le conmueve más son las tomas del puente y el río, en torno a las cuales comparte una serie de anécdotas interesantes. La princi-

² Luis González y González, *Invitación a la microhistoria*, México, Secretaría de Educación Pública/ Colección SepSetentas, núm. 72, 1973.

³ R. Barthes, *La cámara lúcida. Notas sobre la fotografía*, Barcelona, Paidós, 1995.

pal de ellas es la leyenda del *Chavarín*, tema del otro libro que asociamos en esta reseña doble.

Don Miguel convierte las fotografías en un plano “presente” para indicarme en un extremo del puente donde se localizaban unos cuartitos que las personas alquilaban para ir a lavar y aprovechar para bañarse en el río. Como muchos otros chiquillos que aparecen retratados, don Miguel “chacualeaba” en las orillas y se divertían jugando carreras o salpicándose entre ellos. Al preguntarle qué tan peligrosa era la hondura del río para ahogarse, él ríe y me dice, señalando una foto: “pues, mira qué tan hondo era, que hasta un caballo están bañando a la mitad del río”. Sin embargo, recuerda que hubo inundaciones fuertes en tiempo de aguas; torrentes que desgajaron parte de los pilares. “Aun así, el puente era robusto; no se dejaba tan fácil llevar por la corriente”.

El puente era muy importante para la gente, porque comunicaba a quienes vivían en los alrededores con el pueblo.

En ese tiempo no había camiones ni nada parecido... por ahí alguno de los ricos tenían su *fotingo* [su auto de marca Ford]. Todos andábamos a pie; estábamos acostumbrados a caminar. En las tardes la gente se sentaba en los bordes altos del puente a platicar. Cuando empezaba a oscurecer, oíamos: “¡niño, vente a cenar!”, y obedecíamos, porque si no, nos podía llevar el *Chavarín*.

¿Quién era *el Chavarín*? Enrique Martínez Curiel escribe en el prólogo de *El Chavarín. Historia de un ser imaginario*:

La leyenda de *el Chavarín*, *historia de un monstruo*, narrada en forma de novela y escrita por Agustín Curiel López, apareció por vez primera en 1978. Desde entonces, la novela pasó a ser uno de los libros predilectos en los hogares de la localidad de Ameca; sin embargo, a tres décadas de que apareció aquella edición, muchos niños y jóvenes no han tenido la oportunidad de leer y adentrarse al mundo imaginario del *Chavarín* [...]. Los datos más antiguos que se tienen acerca de esta leyenda datan de la segunda mitad del siglo XVIII.

Pero don Miguel recuerda muy bien lo que en su infancia se decía del *Chavarín*:

Si te quedabas en el río y no obedecías a tu mamá, decían que del agua salía un brazo del *Chavarín* que te jalaba para adentro. La gente contaba de muchos niños ahogados que ya no se encontraban sus

cuerpos... Yo nunca vi ninguno, pero me daba miedo. Aquí en el libro dice que el *Chavarín* podía tener muchas formas, como culebra, como monstruo... yo me lo imaginaba como un hombre embozado que iba remando una canoa en la oscuridad; de eso sí me acuerdo, porque cuando ya estaba oscuro oíamos ese ruido de la canoa y ¡vámonos, porque ahí viene el *Chavarín*!

La Ameca de los años treinta del siglo xx, con sus leyendas del *Chavarín*, es la ventana a través de la cual don Miguel nos comparte sus recuerdos y los relata desde su experiencia en el presente. Así de importante es para él la lectura y visualización de los libros reseñados. En *Luces de una memoria compartida* se reproducen fotos de una Ameca moderna, hasta 1968. Don Miguel no conoció esos escenarios. “Yo viví en Ameca dos o tres años, porque le dieron a mi mamá un trabajo en Tulancingo y nos fuimos para allá, que fue donde luego llegó el Circo Argentino y nos invitaron a trabajar ahí. Ya no regresé a Ameca, y estas fotos [...] pues ya no conocí como cambió”.

Le pregunto: “¿te gustaría visitar Ameca hoy en día, para comparar lo que aquí ves?” Don Miguel me responde después de un breve silencio: “No... ésta es la Ameca que viví de chiquillo y es la que se queda así en mi memoria; la de ahora [...] pues me es ajena”.

El testimonio de don Miguel nos invita a reflexionar que no sólo en la literatura, al estilo de Marcel Proust, se puede “recuperar el tiempo perdido”; también la microhistoria reconstruida en imágenes fotográficas tiene ese efecto en el lector que las mira desde su experiencia de vida. Cuando don Miguel tuvo en sus manos los dos libros sobre Ameca, celebrábamos en la ciudad de Aguascalientes su 86° aniversario; recibió como un regalo la posibilidad de recorrer ocho décadas de su biografía para retornar a la Ameca que tanta alegría le dio a su infancia.

Como se sugirió al principio de esta reseña, recordando a don Luis González, el valor de una investigación microhistórica no radica solamente en su contenido académico, sino también en lo que hace de ella un arte para convocar la memoria.